

Análisis reflexivo del cambio curricular en Medicina

Wilfrido Rafael D'Angelo (*)

"Formar profesionales universitarios es un privilegio y una responsabilidad."

El siglo XXI se nos presenta con una visión diferente del mundo, lo que ha implicado una nueva manera de afrontarlo. Realmente, estamos ante una sociedad distinta, con grandes avances tecnológicos y científicos, con acelerados cambios, donde minuto a minuto se generan numerosos conocimientos. Situaciones que nos están exigiendo urgentemente replantear nuestras vidas.

Así, por ejemplo, se ha requerido que cambiamos los fundamentos de nuestra filosofía, que superemos los modelos económicos hasta ahora implantados; se ha necesitado del consenso entre los hombres para ejercer un liderazgo colectivo y propender al desarrollo humano de quienes habitamos el mundo.

Dentro de estos procesos de cambio (algunos inminentes, otros ya en curso), la educación juega un papel cada vez más relevante: *lo que más necesitamos es enseñar a nuestros estudiantes a tomar decisiones bajo condiciones de incertidumbre.*

Debemos contribuir a formar hombres que puedan responder a los paradigmas del nuevo siglo que tienen que ver con la interfase y las pantallas, el diseño integral, los laberintos, la robótica y la complejidad.

Es prioritario prepararlos para enfrentar la aceleración de la sociedad actual, enseñándoles a identificar sus creencias, cualidades y debilidades, propiciando en ellos la capacidad de manejar la crisis que vivimos hoy.

Pero para eso necesitamos una educación diferente, que no centre tanto su accionar en la conformación de la conducta del educando, ni se preocupe por ofrecerle toda clase de conocimientos, sino que su labor sea esencialmente

formarlo en los procesos cognitivos superiores, es decir, en el desarrollo de habilidades de análisis, síntesis, crítica, reflexión y argumentación, que le permitan enfrentar las exigencias actuales.

Tal es el desafío; a él se enfrentan los docentes y los alumnos y todos los que transitan las aulas bregando por lograr la formación del profesional que exige el nuevo siglo que ya está en marcha; a él nos enfrentamos nosotros.

La enseñanza, el docente y los cambios educativos

Durante los últimos años, la enseñanza se vio obligada a promover y generar importantes transformaciones en su metodología en función del tratamiento de grandes temas de interés socio-pedagógico universal.

La actualidad educativa exige reflexionar, repensar y redimensionar las acciones de esta enseñanza para que correspondan a los contextos culturales, políticos y económicos de cada región.

Hay que partir de la premisa de que el aula es el lugar de encuentro de diferentes actores en torno al saber, con propósitos compartidos: la socialización y la humanización de los sujetos.

El docente debe ser capaz de reflexionar sobre el origen de las características de la enseñanza y su evolución en el tiempo hasta llegar a la situación en que se encuentra hoy. Para comprender mejor las causas de las necesarias modificaciones de la enseñanza, puede realizar un análisis de la misma desde distintas perspectivas y tratar de estudiar los efectos de su propia actuación docente a corto y largo plazo; esto le permitirá perfilar la posible evolución en el futuro y el papel a desempeñar por él mismo en el perfeccionamiento de esa enseñanza.⁽⁸⁾

El docente debe ser un activo y continuo generador de cambios educativos sustanciales y profundos, lo que le permitirá transformarse en un:

- Facilitador de espacios y de ambientes educativos.

(*) Profesor Titular de Cirugía, Facultad de Medicina, UNNE. Jefe de Docencia, Departamento de Investigación y Docencia, Hospital Escuela.

- Incentivador y constructor de la auto-realización humana, para darle sentido y significado a la acción educativa en la formación de las personas.
- Dinamizador de la participación de las comunidades.
- Generador y gestor de procesos de aprendizaje significativo.
- Crítico de los sistemas, concepciones y prácticas educativas.
- Constructor de propuestas educativas y de diseños curriculares para los diferentes niveles y áreas de la educación.

La enseñanza es un fenómeno significativo que persigue un fin. Es aquella especie de actividad preminentemente espiritual en la cual los alumnos, bajo la dirección de un docente, elaboran o ensayan sistemáticamente un saber (un contenido espiritual) o un poder (una capacidad o habilidad), siendo generalmente la intención no sólo la de producir conocimientos y habilidades, sino también la de influir en los alumnos de alguna manera, desde un punto de vista educacional, a través del contenido (la materia) y la forma (didáctica) del trabajo.⁽⁸⁾

Existe enseñanza de tipo ocasional y enseñanza sistemática, enseñanza individual y enseñanza grupal, enseñanza de formación general y enseñanza profesional especializada, enseñanza optativa o voluntaria y enseñanza obligatoria. Con respecto a este tema, en los últimos tiempos se ha desatado una polémica en el ámbito educacional y como resultado de la misma se ha concedido prioridad, en general, a la enseñanza grupal.⁽²⁾

El currículo y el cambio curricular

Asimismo, el currículo, como elemento propio y estrechamente vinculado a la educación, también se debe adecuar a las nuevas miradas y exigencias de cambio.

La dinámica de construcción del currículo supone una mediación investigativa, decisiva para la producción del conocimiento que requiere la práctica pedagógica.

El currículo, como hipótesis de trabajo, se pone a prueba en los proyectos, las programaciones y la práctica pedagógica cotidiana constituyendo un horizonte para la acción pero presentándose, simultáneamente, como un interrogante que, al ser respondido, abre nuevos interrogantes.⁽³⁾

En consecuencia un proceso de cambio curricular debería fundamentarse en principios y concepciones acordes con dicho cambio y convocar, calificadamente, a docentes, directivos-docentes y profesionales de distintas disciplinas sociales para la construcción de propuestas educativas que permitan la formación y el desarrollo humano de los participantes y contribuyan al mejoramiento cualitativo de la educación; para ello se debería lograr:

1. la profundización en las concepciones, teorías y prácticas curriculares.

2. la generación de procesos de investigación.
3. la construcción de currículos acordes con las necesidades, intereses, problemas y perspectivas futuras de las comunidades educativas.

Cabe preguntarnos si estos objetivos se han logrado o se están logrando en nuestra Facultad.

El desafío y los riesgos del cambio

Transitando los primeros pasos de un novel y esperanzador siglo XXI, los desafíos que enfrenta la docencia universitaria consisten, por un lado, en la necesidad de generar convenientes, adecuados y necesarios procesos de cambio curricular y por el otro, en propiciar una enseñanza basada en dinámicas modernas, útiles y factibles de ser aplicadas al tipo particularmente nuevo de educandos que nos toca formar.

Uno de los riesgos deriva de no acompañar los cambios curriculares de la carrera con un análisis de los procesos institucionales que ellos provocan en la dinámica y en la identidad de las cátedras. Esto puede acarrear conflictos entre asignaturas nuevas, pérdida de identidad de las cátedras y situaciones de incertidumbre entre los profesores de las mismas. En consecuencia, los alumnos y los docentes se aíslan, perdiéndose el interés institucional, así como también se pierde el poder del equipo docente y hasta se puede perder lo que tanto cuesta conseguir actualmente en la docencia, a saber: el lugar, la posición, el espacio, las herramientas y los instrumentos para cimentar una enseñanza moderna.

En muchos casos este problema existe pero no es advertido y se transforma en un punto de riesgo y de preocupación; el desafío consiste en buscar y llevar la solución hacia el interior de las instituciones.

Para encarar el futuro con éxito, la Facultad también debe ser capaz de cultivar su memoria institucional, dar continuidad y solidez a los programas académicos nuevos, promulgar y hacer visibles sus logros.

Sería muy importante poder incorporar, a través de los respectivos gobiernos, los mecanismos para hacer público el proceso de renovación curricular y lograr, de esta manera, institucionalizar las innovaciones, de tal forma que se consoliden y sean incorporadas como verdaderos cambios institucionales.

Este esfuerzo de innovación requiere una arquitectura institucional que permita que las decisiones sobre creación y revisión de programas académicos se tomen en las instancias más cercanas a quienes afectan: los docentes y los alumnos. Igualmente se requiere infundir una visión sistémica y de equidad para que se establezcan relaciones horizontales entre los miembros de los cuerpos académicos. Los organismos rectores deben respetar la autonomía

y actuar como instancias de coordinación y estímulo a la innovación académica y a la agilización de los procesos de cambio curricular. Deben, asimismo, proveerse mecanismos para evitar los personalismos en la aprobación de propuestas y facilitar la eliminación de programas obsoletos.

Asimismo, *actualmente existen cambios en los procesos de generación y apropiación del conocimiento que tienen que ver con su montaje institucional*. Hoy en día el conocimiento es menos privativo, se democratiza y se desarrolla más hacia fuera de las universidades, por lo que los nuevos métodos de enseñanza-aprendizaje también dependen de esos reclamos externos.

¿Qué perfil de estudiante queremos lograr?

En este contexto, es fundamental discutir el papel del estudiante y del docente en la dinámica académica universitaria. Esto permite apoyar el principio de que *toda agenda de cambio universitario debe estar centrada en el estudiante*, quien es el actor principal y la razón de ser de la Universidad. Los métodos de enseñanza-aprendizaje van dirigidos a cómo transformarlo en un líder, en un profesional responsable, capaz de tomar decisiones y responder a las necesidades presentes del país.

Respecto al perfil del estudiante que debemos formar, cabe destacar la importancia de lograr la adquisición de destrezas fundamentales como ser: la capacidad para comunicarse oralmente y por escrito (en español y en inglés), el manejo de diferentes tecnologías, la solución de problemas y la capacidad de investigar y elaborar informes trabajando en grupo y de manera interdisciplinaria. El profesor, por su parte, *debe poder ejercer autoridad académica* y ser reconocido por su competencia y aportación como actor central, que se desenvuelve en función del estudiante.⁽⁷⁻⁸⁾

En la actualidad, interesa que los elementos intervinientes en la acción didáctica sean tenidos en cuenta a la hora de planificar cualquier cambio educativo, tecnológico y curricular. Es decir, que no se trata de que los alumnos, tanto en clase como en su hogar o su lugar de recreo, consuman tecnologías y medios de comunicación al azar, sino que lo hagan de forma crítica y con sentido de aprendizaje didáctico.

Tampoco podemos predecir con exactitud cuáles serán los conocimientos que los graduados necesitarán en el futuro debido al continuo incremento de los avances científicos, pero seguramente, al decir de Arthur Costa, “*todos necesitarán resolver problemas, pensar creativamente y seguir aprendiendo*”.⁽⁹⁾

Para esto hay que cambiar estructuras y modalidades que ofrecen resistencia y es sabido que todo cambio verdadero suele ser lento, doloroso, difícil y costoso, pero es necesario realizarlo.⁽³⁾

El currículo, la cátedra y la enseñanza

El cambio curricular constituye un esfuerzo generalizado; es una construcción social; significa la creación de una nueva identidad para la cátedra. Implica un problema que es de todos e implica, asimismo, asumir que se está en un campo de lucha; es la creación de un nuevo espacio institucional con una historia y una trayectoria.⁽¹¹⁾

Los cambios curriculares conllevan la ubicación de las prácticas profesionales en el plan de estudios y la necesaria búsqueda de estrategias identificadas para tal fin.

Por lo tanto *el problema del cambio curricular se traslada inevitablemente al aula universitaria* e influye en las tres estructuras que constituyen el basamento de la tarea de enseñanza: *la social, la académica y la cognitiva*.

La estructura social es la dimensión del aula que tiene que ver con la dinámica organizativa y social de la clase y donde la actividad de comunicación es el principal objetivo de análisis. Informa acerca del estilo y modos en que se desarrolla la vida en el aula, es decir, todo lo referente a la estructura participativa y relacional entre alumnos y docentes.⁽¹⁾

La estructura académica, en cambio, se refiere a la dinámica del aprendizaje que se produce en el aula. Aquí son sobre todo las tareas que desempeñan los alumnos las que constituyen la unidad de análisis y que permiten identificar la estructura académica de la clase. “*Las tareas son el medio a través del cual el contenido del currículo se convierte en procesos de clases*”.⁽⁷⁾ El análisis de las tareas en un aula lleva a la configuración del *patrón académico del aula* y éste, a su vez, informa acerca de cómo el profesor transforma los objetivos y contenidos curriculares en asignaciones y actividades para los alumnos.

La estructura cognitiva, finalmente, alude al pensamiento del docente en términos del conocimiento, las teorías y las creencias que tiene sobre el proceso educativo. Es la dimensión que da unidad e integración al estudio de la clase, ya que permite abordar las interacciones entre el contexto del aula, lo que allí ocurre y el pensamiento del docente. A través de este análisis se puede llegar a conocer los motivos que llevan al docente a elegir determinadas actividades y tareas, la interpretación que da a las mismas, su valor y la intención con que las realiza.⁽⁹⁻¹⁰⁾

El cambio curricular en la Facultad de Medicina

Formar profesionales universitarios es un privilegio y una responsabilidad. Responsabilidad de transmitir y generar conocimientos, asegurando al mismo tiempo la formación de profesionales e investigadores con sentido crítico, integrados al medio y capaces de contribuir al desarrollo de la sociedad en la que se desempeñan.

Frente a una Universidad Privada que crece y una Pública que está transitando por carriles de prestigio decreciente,

donde sigue habiendo cierta deserción de los estudiantes, se nos plantea el interrogante acerca del modelo de formación que cabe a nuestra Facultad. El gran dilema es como garantizar la excelencia evitando que la selección sea resuelta por la desigualdad de recursos económicos entre ambos modelos de Universidad.

Nadie pone en duda que la Universidad Pública sigue siendo un centro de estudios de excelencia a pesar de su masividad, aun cuando ésta vaya decreciendo. Continúa incólume su preponderancia, la diversidad de su oferta educativa, el nivel académico de muchas de sus carreras y la necesaria investigación que sigue recayendo sobre la misma.

La formación universitaria actual requiere adaptarse a las nuevas exigencias científicas, tecnológicas y laborales del nuevo siglo y por ende, los futuros egresados deberán poseer las aptitudes necesarias para responder a esas nuevas demandas.

Es por ello que la inmensa mayoría de nuestros docentes, los estudiantes, los egresados noveles y todo aquel que guarda relación con nuestra Universidad cree, en mayor o menor medida, en la trascendental importancia que asume la modificación curricular.

La propuesta sobre el perfil profesional, incumbencias de los títulos otorgados y contenidos mínimos de enseñanza, aprobada oportunamente por el Consejo de Universidades, fue aplicada por los organismos de evaluación y acreditación universitaria (CONEAU) como base para la evaluación de las distintas Facultades, prevista por la Ley de Educación Superior vigente.

A su vez, esta propuesta fue tomada en cuenta para la modificación curricular que se elaboró en la Facultad de Medicina de la UNNE ya que, por todo lo anteriormente expuesto, resultó impostergable promover un cambio curricular.

Al parecer la idea, entre otras, fue iniciar el nuevo siglo con una Facultad renovada, acorde a los tiempos y a las exigencias de una sociedad moderna y conforme también al prestigio indiscutible que ostentaba con orgullo.

En el cambio curricular realizado se priorizó la formación de profesionales con capacidad creativa y no meramente repetitiva y con capacidad de investigación científica, aptos para enfrentar y resolver problemas.

El nuevo currículo que se propuso es un currículo integrado, superando la tradicional enseñanza por disciplinas o materias.

¿Por qué se insistió en la necesidad de un cambio y qué alencias existían en el antiguo Plan de Estudios?

La mayoría de los alumnos estaba inmerso en un rígido currículo en el que, además de relegar la enseñanza práctica niveles a veces insignificantes, poco o nada se hacía por desarrollar la capacidad pensante racional. Dicho modelo obligaba a una marcada pasividad del alumno y es sabido

que la pasividad y la dependencia impiden el desarrollo de la creatividad.

Al decir de William Drumond: "*Quien no quiere razonar es un fanático; quien no sabe razonar es un tonto y quien no osa razonar es un esclavo*".

El conocimiento que se transmitía entonces, era aprendido en un contexto, generalmente el aula, totalmente diferente a aquél donde posteriormente se debía aplicar.

El viejo plan de estudios dividía los conocimientos en dos ciclos con escasa articulación entre sí. En cada ciclo se agrupaban asignaturas o cursos con un enfoque disciplinario y sin coordinación horizontal ni vertical.

El currículo antiguo presentaba un exceso de contenidos y una extremada rigidez, ya que prácticamente todas las asignaturas eran obligatorias.

También mantenía la disociación entre clases teóricas y clases prácticas, lo que contribuía a disminuir la motivación de los alumnos, más aun, cuando se consideraba que en esta formación tradicional el contacto con el enfermo, así como con el hospital y sus problemas, se daba recién en el cuarto año de la carrera.

Tradicionalmente los contenidos y conocimientos básicos eran enseñados antes que las materias clínicas y cuando el alumno ingresaba a la actividad hospitalaria se pretendía que recuerde lo aprendido en el Ciclo Básico y lo aplicara a la clínica.

Esta necesaria transferencia de conocimientos resultaba sumamente dificultosa, porque al alumno le costaba no sólo recordar sino también establecer una relación entre aquella teoría y esta práctica. La integración de los conocimientos básicos y clínicos era fundamental para su oportuna evocación en el momento de su utilización en el proceso de diagnóstico y tratamiento. No debemos olvidar que *el saber del egresado universitario es un saber integrado con el hacer*. Con más razón tratándose de un médico.

El alumno debe saber para qué aprende lo que aprende. Fundamentalmente debe aprender a aprender, ya que aprender será una tarea continua en su vida profesional.

La experiencia de aplicación de estas reformas curriculares, tal como ocurrió en otros lugares del mundo, ha llevado a la obligada coexistencia del "Plan Nuevo" con el "Tradicional" lo que deberá mantenerse por algún tiempo, sobre todo hasta lograrse la adecuación del cuerpo de profesores a la nueva modalidad y hasta que los alumnos que iniciaron la carrera en 1999, con el plan viejo, continúen transitando las aulas y los pasillos de la facultad.

Precisamente en este punto radica una de las mayores debilidades observadas en este nuevo desafío curricular, ya que la anhelada integración y compatibilización de la enseñanza que se imparte a los "nuevos" juntamente con los "viejos" todavía se debate en una incertidumbre que aparentemente conspira contra la formación adecuada de un numeroso grupo de estudiantes de ambos grupos.

Tanto es así que las cátedras tienen que estructurar y desarrollar un plan de trabajo para unos (los nuevos) y simultáneamente continuar enseñando con el programa anterior a otros (los viejos). Esto lleva, por un lado, a un desgaste académico irracional más aún cuando se considera la magra remuneración que es moneda corriente para el docente con dedicación simple (el que más abunda en nuestra Facultad). Por el otro, genera un disenso abrumador propio de reconocer que no es fácil que convivan dos planes prácticamente enfrentados, al extremo que cada uno otorga un título diferente.

Sin embargo *hay que aplaudir el disenso*, sobre todo si se está convencido de que el disenso es creativo. Consideremos que académicamente puede ser hasta conveniente la coexistencia de ambos planes. Ambas experiencias pueden iniciarse simultáneamente y al finalizar su aplicación podrían y deberían ser evaluadas científica y académicamente, con pautas establecidas a priori. Probablemente así se obtendrían algunos beneficios, de donde hoy solo surgen problemas y críticas impiadosas.

Simplemente deberíamos capitalizar lo que nos está pasando...

La dinámica de la enseñanza y su relación con el cambio

Finalmente, la dinámica de la enseñanza también ha debido acomodarse a las modificaciones impuestas por el cambio curricular.

Así se ha visto que el docente debe actualmente contar con un entrenamiento práctico apto para manejar con pericia y en su condición de *facilitador*, una serie de estrategias modernas basadas en el principio del trabajo grupal, como ser: la observación y el análisis de entrevistas con pacientes simulados, grabaciones en video, demostraciones, estudio de casos, video-cine-debate, juego de roles (*role playing*), etc. de tal manera que las fuerzas que se generan y actúan en cada grupo de aprendizaje a lo largo de su existencia y que lo mueven a comportarse en la forma en que lo hace, constituyen su dinámica.⁽⁵⁻⁶⁾

Es decir que el proceso grupal debe ser priorizado dentro del contexto de la enseñanza-aprendizaje actual y el docente debe tener un profundo conocimiento acerca de los aspectos sicológicos, sociales y didácticos de los procesos grupales. Esto quiere decir que debe conocer y entender los fenómenos sico-sociales que se dan en un grupo, además de saber utilizar las técnicas grupales propiamente dichas, que promueven la interacción y la integración entre sus componentes.⁽⁴⁻¹²⁾

Queda claro entonces que el aprendizaje grupal facilita de manera efectiva que docentes y estudiantes se integren adecuadamente para llevar a cabo la experiencia de aprender.

Y es así como debe encararse, en este nuevo siglo, el trascendente desafío de modelar un proceso de enseñanza-aprendizaje tendiente a formar, con carácter de excelencia, los futuros profesionales que la sociedad reclama.

Hagámoslo.

"Los analfabetos del siglo XXI no serán los que no sepan leer y escribir, sino los que no sepan aprender, desaprender y volver a aprender..."

Alvin Toffler

Bibliografía

1. Charles Creel M. "El salón de clases desde el punto de vista de la comunicación". Revista Perfiles Educativos. CISE. UNAM. México. 1983.
2. Chehaybar y Kuri E. "Estrategias Didácticas de Enseñanza". Técnicas para el aprendizaje grupal. Cise. UNAM. México. 1996.
3. Del Carmen L., Zabala A. "Guía para la elaboración, seguimiento y valoración de proyectos curriculares de centro". MEC. Madrid. 1997.
4. Díaz Barriga A. "Tarea docente. Una perspectiva didáctica grupal y psicosocial". UNAM. Nueva Imagen. Méjico, 1993.
5. Furlán A. "Metodología de la enseñanza". Didáctica de la Educación Superior. UNAM. México. 1983.
6. Galli A. "Metodología Docente en Ciencias de la Salud". Formación de Formadores. Módulos I, II, III. y IV. Afacimera. Bs. As. 2000.
7. García C. "La investigación sobre la formación del profesorado". Editorial Cincel. Edición 1992. Pág. 23.
8. Gärtner F. "Planeamiento y conducción de la enseñanza". Editorial Kapelusz. Edición 1995. Pág. 19.
9. Puente Ferreras A. "Cognición y aprendizaje. Fundamentos pedagógicos". Ediciones Pirámide, Madrid, 1998.
10. Resnick L., Klopfer L. "Currículo y cognición". Aiqué. Buenos Aires, 1997.
11. Sacristán J. "Teoría de la enseñanza y desarrollo del currículo". Anaya. Madrid, 1985.
12. Zarzar Charur C. "La dinámica de los grupos de aprendizaje desde un enfoque operativo". Revista Perfiles Educativos N° 9. Méjico. UNAM. CISE.